



UNIVERSITÄTS-  
BIBLIOTHEK  
PADERBORN

## **Universitätsbibliothek Paderborn**

### **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Madrid, 1850**

Capitulo XXIII. De lo que le sucedió al famoso don Quijote en Sierramorena, que fuè una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



### CAPÍTULO XXIII.

De lo que le sucedió al famoso don Quijote en Sierramorena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.



VIENDOSE tan mal parado don Quijote dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos (1).

Naturalmente eres cobarde: Sancho, dijo don Quijote: pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes: mas ha de ser con una condicion, que jamas en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques mas, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la santa Hermandad que dices y á Castor y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que no se arrepienta de haber tomado

(1) La muerte que las leyes de la santa Hermandad imponian á los malhechores era de saeta. A esto alude Sancho. La reina Isabel I abolió este bárbaro suplicio ó por mejor decir dispuso que se diese garrote á los reos antes de ser aseteados.

mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sigame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los pies que las manos. Subió don Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierramorena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fue lo que llevaron y buscaron los galeotes.

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierramorena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos dias, á lo menos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornos; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de don Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á don Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente vena á lo porvenir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curandose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió la aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio; el cual viéndose sin él comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fue de manera que don Quijote despertó á las vcces, y oyó que en ellas



decia: ó hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco (1) de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente susten-

(1) Lo mismo que joya ó joyel: llamábase así antiguamente; porque como le llevaban al aire las mujeres, colgando de las tocas, con su movimiento parecia que saltaba ó brincaba. Pudiera también llamarle así Sancho á su asno, y en su lenguaje porque sobre él brincarian ó montarían brincando sus hijos.—Arr.

tador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedis (1) que ganaba cada día mediaba yo mi despensa. Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á don Quijote la merced que le hacia, el cual como entró por aquellas montañas se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciansese á la memoria los maravillosos acacimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (después que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo cargado con todo aquello que habia de llevar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite.

En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé que bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dió prisa á llegar á ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fue á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fue necesario que Sancho se apease (2) á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holandá, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho; y buscando mas halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió don Quijote, y mandóle que guardase el dinero, y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por don Quijote dijo: páreceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole mandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo don Quijote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho tambien lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,  
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena

(1) Como no corría entonces tanto la moneda, valian mas baratos los comestibles. En la *Dorotea* de Lope convida á comer la vieja Jerarda á otra vieja amiga suya, y tratando de distribuir cuatro reales que le daba Laurencio, criado de don Bela, el indiano, dice en la páj. 227: «Hé aquí la olla: una libra de carnero catorce maravedis; media de vaca seis, son veinte: de tocino un cuarto, otro de carbon; de perejil y cebollas dos maravedis, y cuatro de aceitunas, es un real cabal: pues tres reales de vino entre dos mujeres de bien es muy poca manufatura, no hay para dos sorbos; añade, así Dios te añada los días de la vida.» Laurencio. «¿Tres reales de vino, valiendo á doce maravedis la azumbre?»—P.—Los 26 maravedis del tiempo de Cervantes venian á ser unos 70 de los nuestros.

(2) Cervantes se olvida aquí del robo del asno. (Véase la nota de la página 135).

Igual á la ocasion que me condena  
Al género mas duro de tormento.

Pero si amor es Dios, es argumento  
Que nada ignora, y es razon muy buena  
Que un Dios no sea cruel: ¿pues quien ordena  
El terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,  
Que tanto mal en tanto bien no cabe,  
Ni me viene del cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo mas cierto,  
Que al mal de quien la causa no se sabe  
Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Qué hilo está aquí? dijo don Quijote. Parece-me, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dije sino Fili, respondió don Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego tambien, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tu piensas, respondió don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores (1) y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor (2). Lea mas la vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja don Quijote, y dijo: esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió don Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place, dijo don Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo habia rogado, vió que decia desta manera:

*Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde antes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Desecháteme ¡oh ingrata! por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo; mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas ni llorara desdichas propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo esten siempre encubiertos, porque tu no quedas arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome venganza de lo que no desco.*

Acabando de leer la carta dijo don Quijote: menos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante: y hojeando casi todo el librito halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros. En tanto que

(1) *Trovadores*, quiero decir *inventores*, y es nombre que se aplicó y aun se aplica á los poetas provenzales, que florecieron en la edad media.—C.

(2) Diganlo las de Amadis de Gaula:

Leonoreta sin roseta,  
Blanca sobre toda flor,  
Sin roseta no me meta  
En tal culpa vuestro amor.

(Lib. II, cap. 54).

don Quijote pasaba, el libro pasaba Sancho la maleta sin dejar rincon en toda ella ni en el cojin, que no buscarse, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brevaie, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo.

Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Yendo pues con este pensamiento vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes. traia la cabeza descubierta y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó don Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle, y así mandó á Sancho que se apease (1) del



(1) Aquí se vuelve á olvidar Cervantes del robo del asno cometido por Pasamonte.—Arr.

asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar aunque te falte el ánima del cuerpo; y vénte ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho respondió don Quijote, que ya que hemos caído en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo; y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte: y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron



en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huía era el dueño de la mula y del cojin.

Estándola mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió á gritos, que quien les habia traído por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado,

sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde don Quijote estaba dijo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme ¿han topado por ahí á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió don Quijote, sino á un cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos. También la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta allombre cosa donde tropieze y caya, sin saber como ni como no. Eso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro (1). Decidme, buen hombre, dijo don Quijote, ¿sabeis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pie de seis meses poco mas ó menos que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mismo cojin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntónos que cual parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijimosle que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entráis media legua mas adentro, quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de como habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra; y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él (2), y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos,



(1) Alusion al refran que dice: aunque mi suegro sea bueno, no quiero perro con cencerro; para dar á entender que no son

buenas las cosas que traen consigo acháque, ó malas resultas.—Arr.

(2) *Se allegó á él.* Ahora diríamos *se llegó á él*; *llegar* es verbo de estado, y *allegar* de accion, que equivale á recoger y juntar en un monton lo que está esparrado.—C.



nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quien era; mas nunca lo pudimos acabar con él: pedimosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese donde le halláramos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y cual le veíamos entonces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué habia de parar aquel embesamiento con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente concimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se lo quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: ¡ah fementido Fernando! aquí, aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste, estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida (1) todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño: y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámossele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros, y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido: todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino, unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras á quitárselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma á puñadas; y cuando está en su seso lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas: y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar á la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas (2), y allí le curaremos, si es que su mal tiene cura, ó sabremos quien es cuando esté en su

(1) Es lo mismo que *mansion, morada, acogida*.—Arr.

(2) Por este pasaje puede deducirse que el sitio de la penitencia de don Quijote fue hacia las fuentes de los rios Guadalen y Guadarmena, en las vertientes ya de Sierramorena para Andalucía. Lo confirma lo que se lee mas adelante, al principio de la relacion de Cardanio. «Mi patria, una ciudad de las mejores de esta Andalucía.» Esta ciudad, madre de los mejores caballos del mundo, como allí se añade, debia ser Córdoba.

seso, y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia. Esto es, senores le que sabré deciros de lo que me habeis preguntado; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez (que ya lo habia dicho don Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra); el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mismo que ya tenia pensado de buscallo por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada (1) de una sierra, que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lejos. Su traje era cual se ha pintado, solo que llegando cerca vió don Quijote que un coletó (2) hecho pedazos que sobre sí traía era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traía no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire le fué á abrazar y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el roto de la mala figura*, como á don Quijote el de la *triste*, despues de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de don Quijote le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote, que don Quijote lo estaba de verle á él. En resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

(1) *Quebrada* es la tierra desigual y abierta que forman algunos valles estrechos, cogidos ó cercados de montes.—Arr.

(2) El *coletó* era una vestidura como casaca de piel de ante, búfalo ú otro cuero, que usaban los soldados para adorno y defensa; los de hechura de jubon para defensa y abrigo. En el día se usan aun en Castilla la Vieja en las aldeas y en la serranía, y especialmente en la provincia de Segovia. El coletó de ámbar sería aquel cuya piel estuviere adobada con esta goma olorosa y trasparente, ó que tuviese su color amarillo.—Arr.

